

III

LA FIGURACIÓN DE LA HISTORIA

Reflexión preliminar: la figuración de los hechos históricos

Hay tantas formas de relación con el pasado como formas de ser y estar en el presente. En esta reflexión voy a dirigir la atención a una forma singular de conectarse con el pasado que acude a él como parte del intento de conjurar un peligro presente, buscando la ayuda de experiencias pasadas para *refigurar una subjetividad amenazada*.

Esto reclama atender a los testimonios documentales con la expectativa de extraer de ellos orientaciones para enfrentar los desafíos del presente, y el mayor desafío es refigurar la subjetividad. Ante un desafío así, la tarea histórica no puede consistir en extraer de esos testimonios las descripciones literales de los hechos pasados. Ante un peligro, la subjetividad amenazada no puede ya sustentarse en las evidencias que transmite la Historia. La amenaza suspende la Historia como encadenamiento de hechos necesarios.

Para reconstituirse, la subjetividad debe establecer una relación singular con el pasado, debe crearse una contemporaneidad aplicando el presente al pasado y el pasado al presente. La subjetividad debe disolver el testimonio documental en ella y ella debe disolverse en el testimonio documental. En el acto de figurar el hecho histórico, la subjetividad se refigura a sí misma, como cuando un grupo dice: "nosotras somos las hijas de la Malinche".

El dilema historiográfico: ¿es posible decir algo sin narrarlo?

Contra lo que pudiera pensarse, los mayores *enemigos* que enfrenta la historia, como "ciencia normal", en el sentido que Kuhn le da a esta expresión (Kuhn, 1970), no son la mentira

o el error, sino la elocuencia y la ficción. Porque pertenecen al ámbito de lo fáctico, la mentira puede desenmascarse y el error corregirse simplemente, verificando hechos. La elocuencia busca "seducir" y para lograrlo puede incluso recurrir al argumento y a las evidencias. La ficción presenta "cosas imaginarias como si fueran reales y sustituye la verdad por la ilusión" (White, 2006a: 25). La elocuencia y la ficción son contrincantes tan formidables que los historiadores profesionales, incluso a pesar de sí mismos, terminan aliándose a ellas.

Conviene tener en cuenta la ambigüedad del término "historia"; por un lado alude al relato, por el otro a los hechos del pasado. Considero que, lejos de tratar de eliminar esa ambigüedad, es crucial tratar de protegerla. Los historiadores profesionales, que practican la ciencia normal, tienden a confundir la lucha contra la elocuencia y la ficción con la lucha contra el despliegue retórico narrativo que atraviesa de un extremo al otro a la historia. Más aún, pretenden luchar contra ellas apoyándose "en los hechos", tratando de hacer que "los hechos hablen por sí mismos". Pero ni los hechos pasados, ni sus vestigios presentes, pueden señalarse con el dedo. Toda referencia a un hecho pasado es del orden de la invocación, como cuando un historiador profesional "invoca los hechos", llamándolos en defensa de su argumento. En realidad, no hay hecho pasado que baste para destronar una historia, solo otra historia puede intentar hacerlo. El despliegue narrativo es imposible de eliminar, sin él la historia no sería una historia, no le diría nada a nadie.

Una manera de salir de este impasse sería aplicándose a la historización de los usos del término "ficción". "Ficción" se usa en contextos tan diferentes y con sentidos tan distintos que es prácticamente imposible definir el término de manera unívoca. Pero aunque una definición así fuera posible, ¿qué uso le daríamos? La tarea de rastrear algunos usos previos puede ser más productiva, especialmente si reconocemos que toda reconstrucción histórica, de un hecho o una palabra, se realiza desde un *aquí y ahora*. Al parecer, la palabra "fictio", en latín, refería no tanto a la invención o a la mentira, sino a la operación de "moldear y dar forma una materia preexistente" (Korhonen, 2006b: 16). Para nuestros propósitos, me interesa la posibilidad de asociar la ficción a una amplia gama de operaciones retóricas narrativas que van del dar

forma, modelar y ordenar, al imaginar, urdir y aparentar. Agregaría que creo conveniente abordar esas operaciones como si fueran parte de un continuo de contornos imprecisos. Tal vez esto ayude a adiestrar la sensibilidad a la hora de revisar los vaivenes del debate "historia versus literatura".

La ciencia histórica normal diferencia tres niveles: "la realidad del pasado", objeto de estudio del historiador; "la historiografía", es decir los textos que los historiadores profesionales producen sobre ese objeto; y "la filosofía de la historia", entendida como el estudio más especulativo sobre las relaciones entre los dos niveles previos (White, 1999a: 3-4). Dentro del segundo nivel, conviene diferenciar entre el método historiográfico, es decir las prácticas, profesionalmente aceptadas, para recolectar datos, construir evidencias y verificar hechos pasados, y la práctica de producción del texto historiográfico. Ciertamente, estas distinciones son relativamente arbitrarias y existen intercambios y contaminaciones mutuas entre todos estos niveles y sub-niveles. Con todo, vale la pena indicar que, dado el modelo de conocimiento que predomina en la ciencia histórica normal, la reflexión intra-disciplinaria sobre la historiografía tiende a concentrarse en la cuestión metodológica, es decir en los procedimientos que deben usarse para "derivar hechos a partir de las fuentes", descuidando el modo en que esos hechos deben combinarse para "presentarlos de manera sintética" (Berkhofer, 1995: 29). Mientras la primera cuestión hace a la presentación de hechos verificables, la segunda está referida a la producción de relatos verosímiles.

Creo importante reflexionar un poco más sobre la índole narrativa de los hechos históricos. El gesto inaugural del "realismo histórico" se expresa como un querer vérselas con "los hechos mismos", con lo que realmente ocurrió, sin especular sobre su sentido. Pero en la ciencia, y no sólo en ella, "hay hechos y hechos". La ciencia histórica no se interesa por cualquier clase de hechos, sino solo por aquellos que por su categoría pueden erigirse en objeto legítimo del estudio histórico. Pero es posible que, por sus antecedentes, hechos que inicialmente no tienen la categoría de "hechos históricos" terminen, retroactivamente, teniéndola. Más aún, para erigirse en objetos legítimos de la ciencia histórica, no basta con que los hechos sean históricos, sino que también deben ser relevantes. Es decir, hay infinidad

de hechos que pueden categorizarse como "históricos" pero que, desde los criterios vigentes acerca de lo que puede ser relevante para una historia, son completamente irrelevantes. Pero, una vez más, este atributo no puede fijarse a priori. Es decir que los hechos, especialmente los realmente significativos, son maleables (Bruner, 1998: 19) porque solo pueden presentarse como parte de una narración histórica, que los moldea en el mismo acto de incluirlos.

Difícilmente un hecho histórico realmente significativo se presente de entrada como algo meramente fáctico, como una roca al costado de cualquier camino. ¿Quién dirigiría la atención a algo así? Un hecho histórico es algo que hay que conquistar. Y esa conquista es inseparable de ganarse el derecho a relatarlo. Los hechos históricos significativos llevan las huellas de las actividades retóricas narrativas que los han modelado. Y cuando un hecho se erige realmente en hecho histórico, puede alcanzar una dureza que ninguna piedra puede emular. Entonces, distanciándome del modo en que la ciencia histórica normal entiende sus propios procedimientos, afirmaré la primacía de la narración sobre los hechos y de la verosimilitud sobre la verificabilidad. Más aún, me animaría a sugerir que si se acepta que los hechos son maleables, hay que admitir que la insistencia en la verosimilitud de un hecho tiende a crear las condiciones requeridas para que ese hecho sea verificable.

Narrar, narrativizar, moralizar

Comencemos por indagar si la forma cronológica no sería el modo más realista de organizar los hechos pasados. Imaginemos un texto, típico de los anales medievales, con dos columnas; una a la izquierda, con fechas en orden ascendente, y otra a la derecha, con eventos dispuestos de manera que cada uno en la columna derecha esté alineado con una fecha en la columna izquierda. Si leo de izquierda a derecha y de arriba hacia abajo, puedo entender estas listas de la siguiente manera: "En 709 hubo un invierno duro. Murió el Duque Godofredo. En 710 hubo un año duro y pobre cosecha. En 711 no ocurrió nada (es decir no hay ningún evento en el espacio correspondiente a ese año en la columna derecha). En 712 hubo inundaciones por doquier" (White, 1981:

12; véase también Gorlier, 2005: 198ss). A pesar de que solo hay una columna con fechas y otra columna con eventos presentados en la forma típica del narrador impersonal, al leerlas, yo, tal vez por hábito, conecto unas con otras y leo todo esto como si alguien me estuviera diciendo algo, como si fuera un relato.

Sin embargo, puede argumentarse que, desde el punto de vista de la narración histórica, esta forma de organización no es muy satisfactoria. Primero, el ordenamiento cronológico tiende a dejar los eventos intactos, como en "estado bruto", sin modelarlos. Esta separación entre forma y contenido, representada por las dos columnas, hace que el texto no muestre relación alguna entre los eventos, salvo la relación puramente externa que implica presentar un evento después de otro. Segundo, el registro de lo humano coexiste con el registro de lo natural, sin que pueda vislumbrarse la existencia de una jerarquía, una conexión o una brecha entre uno y otro. Por último, la secuencia no tiene un inicio ni un fin claramente definidos, ni muestra el despliegue de un tema: como resultado de ello, el texto no transmite la impresión de que algo realmente significativo se ha estado gestando, en y a través de esa secuencia. Con todo, sería apresurado inferir que este tipo de secuencia es "menos realista" que las historiografías modernas; de hecho, parecería vislumbrarse que los narradores de estas cronologías evitan "interpelar los hechos con pretensiones especulativas o argumentar sobre el modo en que los eventos están realmente conectados entre sí" (White, 1981: 12). Con esto estarían mostrando una prudencia que no es habitual entre los historiógrafos profesionales.

Las cronologías de hechos históricos o las crónicas sobre gestas -la conquista de un territorio, la construcción de un convento, el apogeo y decadencia de un reinado, etc.- adoptan abiertamente una perspectiva, o "loco" desde donde se percibe el mundo y se informa por escrito sobre lo visto y lo oído. Los autores de estos documentos suelen sustentar la veracidad de sus reseñas en su propia autoridad personal, en la de aquellos que les han relatado los hechos o incluso, en la autoridad eclesiástica o política bajo cuya tutela han realizado la empresa de escribirlas. Pero hay casos en los que la realidad de los hechos y la veracidad de las reseñas ni siquiera se plantean como cuestiones a las que hay que atender explícitamente. Esta postura nos permite apreciar mejor